

cepto el de Chactas, su padre adoptivo, y el del Padre Souel, misionero en el fuerte Rosalia (1). Aquellos dos ancianos habian tomado mucho imperio sobre su corazon: el primero por medio de una indulgencia enteramente amable, y el otro por una estrema severidad. Desde la caceria del castor en que el ciego Sachem (2) habia contado sus aventuras á René, no habia este, aunque fué solicitado muchas veces, querido hablar de las suyas. Por lo mismo Chactas y el misionero deseaban vivamente saber en que consistia que un europeo bien nacido tomase la estraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René se habia escusado siempre, pretestando el poco interes de

(1) Colonia francesa en Natches.

(2) Anciano ó consejero.

su historia, que se ceñia, segun decia él, á la de sus pensamientos. « Por lo que toca al motivo que he tenido para pasar á la América, añadia, debo sepultarle en un eterno olvido. »

Algunos años pasaron de esta manera, sin que los viejos pudiesen conseguir les revelase su secreto. Por último cierta carta que recibió de Europa por la via de las misiones estrangeras, redobló su tristeza de tal manera que huia hasta de sus antiguos amigos. Le volviéron á instar con mas ardor para que les descubriese su corazon. Usáron para esto de tanta discrecion, dulzura y autoridad, que por último se vió obligado á satisfacerles. Convino, pues, con ellos en el dia para contarles, no las aventuras de su vida, pues no las habia experimentado, sino los sentimientos secretos de su alma.

En 21 del mes que los salvages llaman *la luna de las flores*, se acercó René á la cabaña de Chaetas. Dió los brazos al ciego Sachem, y le condujo bajo un sásafrá, ó laurel de los Iroqueses, á la orilla del Meschacebe. No tardó el P. Souel en llegar al lugar citado. Empezaba á salir la aurora: se percibía en el plano, á alguna distancia, la aldea de los Natches con su bosque de moreras, y sus cabañas que parecían colmenares. La colonia francesa y el fuerte Rosalía se divisaban sobre la derecha á la orilla del río. Tiendas, casas á medio construir, fortalezas comenzadas, desmontes cubiertos de negros, y grupos de blancos é indios presentaban en aquel pequeño espacio el contraste de las costumbres sociales y salvages. En el fondo de la perspectiva ácia el oriente, comenzaba á aparecer el sol entre las que-

bradas cimas de los Apalaches, que se señalaban en las doradas alturas del cielo como caracteres de todas formas: al occidente ondeaba el Meschacebe con un silencio magnífico, y formaba el borde del dibujo con una inconcebible grandeza.

René y el misionero admiraron por algun tiempo aquella bella escena, y compadecieron al ciego Chaetas, que no podia disfrutarla. Despues el solitario y Sachem se sentaron sobre los céspedes al pié del árbol. El jóven se colocó en medio de ellos, y de allí á un rato de recogimiento y silencio habló de esta manera á sus antiguos amigos.

« No puedo menos de cubrirme de vergüenza al empezar mi narracion. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma de la naturaleza que me rodea, me hace son-

rojar de la turbacion y agitacion de mi alma.

» ¡Cuanta compasion me tendréis! ; que miserables os parecerán mis perpetuas inquietudes! ; Que pensaréis, vosotros que habeis consumido todos los pesares de la vida, de un jóven sin fuerzas y sin virtud, que halla en sí mismo su tormento, y que apénas puede quejarse de otros males distintos que los que él mismo se ha acarreado? ; Ah! no le condeneis, que bastante castigo ha recibido.

» Mi venida al mundo costó á mi madre la vida; me sacáron de su seno con el hierro. Tenia un hermano á quien bendijo mi padre, porque era el primogénito. Yo fui criado lejos del hogar paternal, siendo desde muy niño entregado á manos estrañas.

» Mi memoria era feliz: hice rápidos progresos en los estudios; pero

era el que llevaba el desórden entre mis compañeros y condiscipulos. Mi humor era impetuoso, mi carácter desigual, unas veces ruidoso y contento, y otras silencioso y triste; ya juntando al rededor de mí á mis jóvenes amigos, y ya abandonandolos de repente para entregarme á las diversiones solitarias.

» Cada otoño volvia al castillo paternal, situado en medio de las florestas, cerca de un lago, en una provincia retirada.

» Timido y atormentado delante de mi padre, no hallaba la alegría y contento que tenia al lado de mi hermana Amelia. Me unian estrechamente á esta hermana una dulce conformidad de genio y gustos: ella era un poco mayor que yo. Nos divertiamos en trepar juntos por los collados, en nadar en el lago, y en pasear los bos-

ques al caer de las hojas; paseos cuya memoria solo baña mi corazón de alegría. ¡Oh ilusiones de la infancia y de la patria, jamás perdais vuestras dulzuras!

» Caminábamos unas veces enteramente pensativos, prestando todo el oído al silencio del otoño, ó al ruido de las hojas secas que tristemente hollábamos con nuestros pies; y otras murmurábamos algunos versos en que intentábamos pintar la naturaleza. Siendo yo joven, cultivaba las musas: no hay cosa mas poética en la vivacidad de las pasiones que un corazón de diez y seis años; la mañana de la vida está llena, como la mañana del día, de pureza, de imágenes y de armonías.

» Muchas veces en el dilatado bosque oí por entre los árboles, los domingos y días de fiesta, los sonidos de

la distante campana, que llamaba al templo al hombre rústico. Recostado contra el tronco de un olmillo, escuchaba en silencio el piadoso murmullo. Cada trémulo movimiento del cobre infundía en mi sencilla alma la inocencia de las costumbres campestres, la calma de la soledad, los encantos de la religion, y la deleitable melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! ¿que corazón habrá tan insensible que no se haya sobresaltado al ruido de las campanas de su lugar, de aquellas campanas cuya alegría embelesó su cuna; que anunciaron su venida al mundo, indicaron el primer latido de su corazón, y publicaron en todos los alrededores la santa alegría de su padre, y los dolores y gozos aun mas inefables de su madre? Todo se halla en los hechiceros recuerdos que suministra el ruido de la campana na-

talicia, filosofía, piedad, ternura, la cuna y la tumba, lo pasado y lo futuro.

» Es verdad que Amelia y yo disfrutábamos mas que nadie de estas ideas melancólicas, porque los dos teníamos un poco de tristeza en el corazón, bien nos viniese de Dios, ó nos viniese de nuestra madre.

» Miéntras tanto asaltó á mi padre una enfermedad que le llevó en pocos dias al sepulcro. Espiró en mis brazos, y aprendí á conocer la muerte sobre los labios del mismo que me habia dado la vida: impresion tan grande que aun dura en mí hoy en dia. Esta fué la primera vez que se representó claramente á mi vista la inmortalidad del alma. No pude creer que aquel cuerpo inanimado fué en mí el autor del pensamiento: conocí que debia tener otro origen; y lleno de un santo dolor, que participaba de alegría, es-

peré que algun dia me habia de reunir con el alma de mi padre.

» Otro fenómeno me confirmó en esta sublime idea. Las facciones paternas habian tomado en el féretro cierta señal de elevacion. ¿Porque este asombroso misterio no habia de indicar nuestra inmortalidad? ¿porque la muerte, que todo lo sabe, no habia de haber grabado sobre la frente de su víctima los secretos de otro distinto mundo? ¿porque finalmente no habia de haber en la tumba cierta manifestacion grande de la eternidad?

» Traspasada Amelia de dolor estaba retirada en lo interior de una torre, desde donde oyó resonar bajo las bóvedas del castillo gótico el cántico de los sacerdotes del acompañamiento, y los sonidos de la campana fúnebre. Acompañé á mi padre á su última morada; se cubrieron de tierra

sus despojos, y le oprimieron con todo su peso la eternidad y el olvido : en la misma tarde paseaba la indiferencia su tumba, pues para su hijo é hija era ya lo mismo que si nunca hubiera existido.

» Fué menester desamparar el techo paternal inmediatamente que heredó mi hermano : yo me retiré con Amelia en casa de unos parientes ancianos.

» Detenido á la entrada de los engañosos caminos de la vida, los contemplaba sin atreverme á meter en ellos. Amelia me hablaba muchas veces de la felicidad de la vida religiosa ; me decía que yo era el único obstáculo que la detenía en el mundo, y fijaba en mí sus ojos con tristeza. Estas conversaciones me penetraban ; iba á pasear mis imaginaciones á un monasterio cercano de mi nueva mansion ; hubo punto en que estuve ten-

tado por ocultar en él mi vida. ¡ Dichosos los que han concluido su viage sin haber perdido de vista el puerto, y sin haber pasado como yo inútiles dias sobre la tierra !

» Los europeos, agitados continuamente, se ven precisados á construirse soledades. Cuanto mas tumultuoso y alborotador es nuestro corazon, otro tanto mas nos atraen la calma y el silencio de los desiertos. Aquellos hospicios de mi pais, abiertos á los desgraciados, estan comunmente ocultos en los valles, que conducen al corazon el vago sentimiento del infortunio y la esperanza de un abrigo : tambien se les descubre algunas veces sobre sitios elevados, donde parece que el alma religiosa se eleva ácia el cielo para ofrecerle sus perfumes, como una planta aromática de las montañas.

» Aun veo la magestuosa mezcla de

las aguas y bosques de aquella antigua abadía, en que pensaba ocultar mi vida á los caprichos de la suerte, y aun ando errante, al declinar el día, por aquellos retumbantes y solitarios claustros. Cuando la luna medio iluminaba las columnas de los arcos, y reflejaba su sombra en el muro opuesto, me detenía á contemplar la cruz que señalaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecían entre las piedras de los sepulcros. ¡Oh hombres, que habiendo vivido lejos del mundo, habeis pasado desde el silencio de la vida al silencio de la muerte! ¡que filosofía tan melancólica infunden vuestros sepulcros en mi corazón!

» Fuese por mi inconstancia natural, ó por estar preocupado contra la vida monástica, yo mudé de designio. Me resolví á viajar: me despedí de mi hermana: ella me estrechó entre sus

brazos con un alegre movimiento al parecer, y como si fuese feliz en dejarme: á vista de esto no pude menos de hacer una amarga reflexión sobre la inconsecuencia de las amistades humanas.

» Sin embargo, lleno de ardor me interné solo sobre este borrascoso océano del mundo, cuyos puertos y escollos me eran desconocidos. Visité entonces los pueblos que ya no existen; caminaba sentandome sobre las ruinas de Roma y de la Grecia (país de fuerte é ingeniosa memoria), donde los palacios de los reyes están sepultados en el polvo, y sus mausóleos ocultos entre las zarzas. ¡Oh fuerza de la naturaleza, y debilidad del hombre! un poco de yerba penetra muchas veces el mármol más duro de esos sepulcros, de que jamás se levantarán aquellos muertos tan poderosos. Algunas veces se descubria

sola y derecha en un desierto una alta columna, así como asoma por intervalos un gran pensamiento en un alma devastada por el tiempo y la infelicidad.

» Meditaba en estos monumentos todas las horas, y en todos los accidentes de mi viage. Ya este mismo sol, que habia visto poner los cimientos de aquellas ciudades, se acostaba magestuosamente á mi vista sobre sus ruinas; ya levantandose la luna delante de un cielo puro entre dos urnas de cenizas medio destruidas, me mostraba todos los pálidos sepulcros, y muchas veces he creído ver el genio de los recuerdos sentado pensativamente á mi lado, y á los rayos de este astro fomentador de los delirios.

» Me dejé por último de visitar monumentos, en donde solo pisaba por lo comun un polvo criminal.

» Desde los sueños de las familias que ya no existen, pasé á las ilusiones de las razas vivientes. Estandome paseando un dia por una gran ciudad, y yendo por detras de un palacio, divisé en un patio retirado y desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un sacrificio (1). Me admiró el silencio que reinaba en aquel sitio, pues ni aun estaba perturbado por las querellas del viento, que gemia al rededor del mármol trágico. Solo algunos trabajadores estaban sentados con indiferencia al pié de la estatua, silbando y labrando piedras. Les pregunté lo que significaba aquel monumento: unos no quisieron decirmelo, y otros ignoraban hasta la grande catástrofe que representaba. Ninguna

(1) En Londres, detras de Withall, la estatua de Carlos II.

cosa me suministró medida mas adecuada de los sucesos de la vida, y de lo poco que somos. ¿Que ha sido de esos personajes que metieron tanto ruido? Dió el tiempo un paso, y se reemplazó la faz de la tierra.

» Buscaba sobre todo en mis viages á los artistas, y á aquellos hombres divinos que cantan sobre la lira los dioses y la felicidad de los pueblos, que honran las leyes, la religion y los sepulcros.

» Estos cantores son de raza divina, y ellos solos poseen el talento único é incontestable, que ha concedido el cielo á la tierra: su vida es pura y sublime á un mismo tiempo; celebran á los dioses con una boca de oro, y son los mas sencillos de los hombres; revelan los secretos como los inmortales, ó como los niños; esplican las leyes del universo, y desconocen los

mas inocentes negocios de la vida; tienen maravillosas ideas de la muerte, y mueren como recién nacidos sin advertirlo.

» Sobre los montes de la Calcedonia me cantó el último poeta galo que se ha oido en aquellos desiertos los poemas con que consolaba su solitaria vejez un antiguo héroe. Estábamos sentados sobre cuatro piedras consumidas del musgo, y un torrente de agua corria á nuestros piés: á alguna distancia saltaba un macho cabrío sobre la torre arruinada, y el viento del desierto silbaba sobre los matorrales de Cona. Entretanto la religion cristiana, hija tambien de las altas montañas, habia puesto cruces sobre los monumentos de los héroes del Morven, y tocado la arpa de David á las orillas del mismo torrente en que Ossian hizo resonar la suya:

tan tranquila, como eran de guerreras las divinidades de Selma, guarda sus rebaños en el sitio mismo donde combatia Fingal, y ha esparcido ángeles de paz por las nubes que ántes habitan fantasmas homicidas.

» La antigua y risueña Italia me ofreció la multitud de sus obras maestras. ¡ Con que santo y poético horror andaba errante por aquellos vastos edificios consagrados por las artes á la religion ! ¡ que laberinto de columnas ! ¡ que sucesion de arcos y bóvedas ! ¡ que bellos son aquellos ruidos que se oyen al rededor de las medias naranjas, semejantes á los rumores del mar, á los murmullos de los vientos en las florestas, ó, por mejor decir, á la voz de Dios en su templo ! El arquitecto construye, por decirlo así, las ideas del poeta, y hace que hagan sus impresiones en los senti-

dos, así como el poeta en el alma.

» Sin embargo, ¿ que habia aprendido yo hasta entónces en medio de tanta fatiga ? Nada de cierto entre los antiguos, y nada de bello entre los modernos. Lo pasado y lo presente son dos estatuas incompletas : la una se ha desechado y mutilado por la ruina de los años, y la otra no ha recibido aun su perfeccion de la posteridad.

» Pero, tal vez, antiguos amigos míos, y vos particularmente, sabio *Chactas*, estaréis maravillados de que ni una sola vez en toda mi narracion os haya hablado de los monumentos de la naturaleza.

» Estaba un dia subido en la cima del Etna, volcan que arde en medio de una isla. Vi levantarse el sol sobre mí en la inmensidad del horizonte ; reducida á mis piés la Sicilia como un

punto , y estendido á lo largo el mar en los espacios. En esta vista perpendicular de la pintura apenas divisaba los rios como unas líneas geográficas, trazadas sobre un mapa ; pero mientras que mi vista percibia por un lado aquellos objetos, se sumergia por otro en lo profundo del Etna, y descubria sus abrasadoras entrañas entre los alientos de un negro vapor.

» Un jóven lleno de pasiones, sentado sobre el borde de un volcan, y llorando sobre los desgraciados mortales cuyas estrechas moradas veía á sus piés, no es sin duda, virtuosos ancianos, mas que un objeto digno de vuestra compasion; pero pensad como querais de René, esta pintura os ofrece una viva imágen de su carácter y de su triste existencia; así es como toda mi vida he tenido delante de mis ojos una creacion inmensa é

imperceptible á un mismo tiempo, y un abismo abierto á mi lado.»

Pronunciando estas últimas espressiones, conoció René que distraida el habla no aparecia en su lengua inmóvil. El Padre Souel estaba asombrado, y el viejo y ciego Sachem, como no oia hablar ya al jóven, no sabia que pensar de este silencio.

Entretanto tenia René clavados los ojos en un grupo de indios que paseaban en la llanura; se enterneció de repente; lloró, y exclamó gritando:

« ¡ Felices salvages ! ¡ ah ! ¡ que no pueda yo disfrutar la paz que siempre os acompaña ! sentados tranquilamente vosotros bajo una encina, dejais pasar los dias sin contarlos, mientras que con tan pocas utilidades recorro yo tantos paises. Vuestro discurso se limita á vuestras necesidades, y llegais mejor que yo al resultado de la filo-

sosia entre los juegos y el sueño, como el niño. Si la ligera melancolía que se engendra del exceso de la felicidad toca alguna vez vuestra alma, salís bien pronto de esta pasajera turbación, y levantando ácia el cielo vuestra vista, busca con ternura no sé que cosa desconocida, que se compadece del pobre salvaje. »

Aquí cesó de nuevo la voz de René, é inclinó la cabeza sobre su pecho. Chactas estendiendo su brazo sobre el hombro y tomando el brazo de su hijo, le gritó diciendo con un tono lleno de emoción : ¡hijo mio! ¡querido hijo!...

Volviendo en sí á estas exclamaciones el hermano de Amelia, y sonrojándose de su turbación, pidió á su padre que le perdonase.

El anciano salvaje le respondió con una dulzura perfecta : « Mi amigo » j6ven, los movimientos de un cora-

» zon como el tuyo no podrán ser » iguales; procura tan solamente moderar ese fogoso carácter, que ha » hecho ya en tí tanto estrago. Si padesces mas que otro alguno en los » contrastes de la vida, no te admires, » pues mas dolores debe sufrir un » alma grande que una pequeña. Continúa tu narración. Nos has hecho » reconocer la Europa; apresurate, » pues, á darnos á conocer tu patria. Bien sabes que he visto la Francia, » y no ignoras los vinculos que me » han unido á ella: me complaceré » en oír hablar de aquel gran monarca (1) que ya no existe, y cuya » soberbia cabaña he visitado. Yo no » vivo, querido hijo mio, mas que » con mi memoria: un anciano con » sus recuerdos es semejante á la encina decrepita de nuestros bosques,

(1) Luis XIV.

» que no se engalana con su propia
 » hoja, sino que algunas veces cubre
 » su desnudez con plantas estrañas
 » que han vegetado sobre sus antiguos
 » troncos. »

Sosegado el hermano de Amelia con tan apacibles palabras, volvió á tomar de esta manera el hilo de la historia secreta de su corazon.

« ¡ Ah ! padre mio , yo no podré hablarte de aquel gran siglo , cuyo solo fin he visto en mi infancia , y que no existia ya cuando volví á entrar en mi patria . Jamas se ha verificado en pueblo alguno una transformacion mas maravillosa y repentina . Desde la elevacion del talento , desde el respeto á la religion , y desde la gravedad de las costumbres , habia bajado todo súbitamente á la veleidad del espíritu , á la impiedad y á la corrupcion .

» En vano , pues , habia yo espe-

rado hallar en mi patria con que calmar aquella vana inquietud , y el ardiente deseo que siempre me habia acompañado : el estudio del mundo me habia enseñado alguna cosa , y por eso no disfrutaba ya la dulzura de la ignorancia .

» Parecia que mi misma hermana , por una conducta inexplicable , se complacia en aumentar mis pesadumbres . Habia dejado á Paris unos dias ántes de mi llegada , y la escribí que intentaba volverme á unir con ella . Me respondió brevemente , apartandome de este proyecto , á pretesto de no saber el parage adonde la llamarian sus quehaceres . ¡ Que tristes reflexiones hice yo entónces sobre la amistad que entibia la presencia y borra la ausencia , que no se resiste á la desgracia , y mucho menos á la prosperidad !

» Me hallé , pues , mas aislado en mi

patria que lo que jamas me habia visto en tierra ajená. Quise entregarme por algun tiempo en un mundo que ni me decia nada, ni me percibia. Mi alma, que aun no habia sido poseida de pasion alguna, buscaba un objeto á que adherirse. Bien pronto percibí que daba mas de lo que recibia. Ni se exigia de mí un language elevado, ni un juicio profundo. Mi ocupacion era minorar mi vida para nivelarla con la sociedad. Tenido por todas partes por un espíritu novelero; avergonzado de mi modo de vivir; cada vez mas disgustado de las cosas y de los hombres, tomé el partido de retirarme á un arrabal donde viví totalmente ignorado y oculto.

» Desde luego encontré bastante placer en esta vida oscura é independiente: desconocido de todos, me mezclaba con la multitud, y obser-

vaba aquellos dilatados desiertos de hombres, mucho mas tristes que los de los bosques, como que su soledad es toda para el corazon.

» Sentado muchas veces en una iglesia poco frecuentada, pasé horas enteras en meditacion. Veía venir mugeres infelices á postrarse delante del Altísimo, ó á los pecadores á arrodillarse ante el tribunal de la penitencia. Ninguno salia de estos lugares sin un rostro mas sereno; y los sordos clamores que se oían por defuera, parecian ser las olas de las pasiones y de las borrascas del mundo, que acababan de espirar al pié del templo del Señor. ¡ Gran Dios, que viste en secreto correr mis lágrimas en aquellos sagrados retiros, no ignoras tú cuantas veces me postré á tus piés para suplicarte que me descargases del peso de la existencia, ó mudases en mí el

hombre viejo! ¡ Ah! ¿quien no ha conocido alguna vez la necesidad de reengendrarse, de remozarse en las aguas del torrente, y remojar su alma en la fuente de la vida? ¿quien no se halla agoviado algunas veces con la carga de su propia corrupcion, é incapaz de hacer cosa grande, noble y justa?

» Cuando se acercaba la noche, tomando el camino de mi retiro me detenía sobre los puentes para ver ponerse el sol. Inflamando el astro los vapores de la ciudad, parecia que oscilaba lentamente en un fluido de oro, como la péndola del gran relox de los siglos. Me retiraba despues por un laberinto de calles solitarias, donde se ofrecian á mi imaginacion diversas escenas, á medida que se acercaba la noche. Mirando todas aquellas luces que resplandecian en las habitaciones

de los hombres, se transportaba mi alma en medio de las escenas de dolor y de alegría que ellas alumbraban: reflexionaba que bajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. Pero en medio de mis reflexiones llegaba la hora á dar sus medidos golpes en el relox de una catedral gótica: iban repitiendose sobre todos los tonos, y á todas las distancias de iglesia en iglesia: ¡ ay de mí! esclamaba yo: cada hora abre un sepulcro en la sociedad, y acarrea una multitud de lágrimas.

» Aquella vida que me tenia entonces hechizado, no tardó en serme insoportable. Me cansó la repeticion de las mismas escenas y de las mismas ideas. Me puse á sondear mi corazon, y á preguntarme que es lo que desearia. Lo ignoraba; pero de improviso me pareció que los bosques me

serian deliciosos. Veme aquí resuelto repentinamente á concluir en un desierto campestre una carrera apenas empezada , y en la que habia ya consumido siglos enteros.

» Abracé este proyecto con el mismo ardor con que emprendia todos mis desiguos : me encaminé ácia una choza cubierta de rastrojo , así como lo habia hecho en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.

» Se me acusa de que tengo gustos inconstantes y rápidos ; de que no puedo gozar largo tiempo de una misma quimera , y de que soy la presa de una codiciosa imaginacion que se apresura á llegar al fondo de mis placeres , como si estuviera enfadada de su corta duracion : se me acusa de que paso siempre mas allá del término á que puedo llegar. ¡ Ah ! yo busco solo un bien desconocido , cuyo indeterminado

instinto me persigue. Consiste mi falta en que hallo límites en todo , y en que lo que es finito no es para mí de ningun valor. Sin embargo , conozco que amo la monotonía de los sentimientos de la vida ; y si tuviese aun la locura de creer en la felicidad , la buscaria en la costumbre.

» La absoluta soledad y el vivificante espectáculo de la naturaleza me sumergiéron bien pronto en un estado imposible casi de describir. Sin parientes , sin amigos , solo , por decirlo así , sobre la tierra , no habiendo amado aun , pero buscando el amar , estaba agoviado de una superabundancia de vida. Yo me sonrojaba algunas veces repentinamente , y como que sentia correr en mi corazon arroyos de una ardiente lava : otras daba gritos involuntarios , y tanto mis sueños como mis vigiliás turbaban la noche : me

hacia falta alguna cosa para llenar el abismo de mi existencia : bajaba al valle , y me subía á la montaña , llamando con toda fuerza este ideal objeto de una llama futura ; yo le abrazaba en el viento , le agarraba en los murmullos del rio ; todo me representaba esta fantasma imaginaria , los astros en los cielos , y el mismo principio de vida en el universo .

» Sin embargo , no carecia de sus hechizos este estado de calma y de turbacion , de riqueza y de indigencia . Yo amaba los delirios á que me inducia , usando aun de los resortes de mi vida .

» Estaba divertido un día en deshojar una rama de sauce sobre un arroyo , y en aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrebatava . Un príncipe que teme perder su corona en una súbita revolucion , no esperi-

menta angustias mas vivas que las que yo esperimenté á cada accidente que sucedia al deshojamiento de mi rama . ¡ Oh debilidad de los mortales ! ¡ oh infancia del corazon humano , que jamas se envejece ! He aquí , pues , hasta el grado de puerilidad que puede abatirse nuestra soberbia razon ; y sin embargo es cierto que muchos hombres ligan su destino á cosas tan frágiles como mis hojas de sauce .

» Mas ¿ como he de manifestar aquella multitud de sensaciones fugitivas que esperimentaba en mis paseos ? Los ruidos que hacen las pasiones en el vacío de un corazon solitario , se asemejan al murmullo que los vientos y las aguas hacen resonar en el silencio de un desierto : disfrutamos de él , pero no le podemos pintar .

» Me sorprendió el otoño en medio de estas incertidumbres : entré

con alegría en los sombríos meses de las tempestades. Unas veces hubiera querido ser uno de aquellos antiguos guerreros, errante por medio de los vientos de las nubes y de las fantasmas : y otras llegaba hasta envidiar la suerte del pastor á quien veía calentar sus manos al corto fuego de las malezas que habia encendido en la estremidad de un monte. Escuchaba sus melancólicos cantos, y me recordaban que en todo pais es triste el canto natural del hombre, aun cuando espresc la felicidad. Nuestro corazon es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, y en la que estamos obligados á cantar los acentos de la alegría en el tono consagrado á los suspiros.

» Durante el día me descarriaba por grandes matorrales que terminaban en bosques. Muy poco se necesitaba para

dar pábulo á mis delirios : una hoja seca que arrojaba el viento delante de mí ; una cabaña cuyo humo se elevaba en la cima despojada de los árboles ; el musgo que temblaba al viento del norte sobre el tronco de una vieja encina ; una roca separada, ó un estanque desierto en que murmuraba el marchito junco. Muchas veces atrajo mis miradas el campestre campanario que se elevaba á lo lejos en un solitario valle : muchas he seguido con la vista los pájaros peregrinos que volaban sobre mi cabeza. Se me representaban los términos ignorados, y los climas lejanos donde ellos caminan : hubiera querido tener sus alas : un secreto instinto me atormentaba : conocia que no era yo mismo mas que un viagero ; pero parecia que me decía una voz del cielo : « Hombre, aun » no ha llegado la estacion de tu pe-

» regiracion; aguarda á que se le-
 » vante el viento de la muerte, y en-
 » tónces desplegarás tu vuelo ácia es-
 » tas regiones incógnitas, por las que
 » anhela tu corazon.»

» ¡ Levantaos pronto, borrascas de-
 » seadas, que debeis conducir á René á
 » los espacios de otra vida! Diciendo
 » esto, caminaba á largos pasos con el
 » rostro encendido, y mi cabellera agi-
 » tada por el viento, sin sentir ni la
 » lluvia ni la escarcha, encantado, ator-
 » mentado, y como poseido por el ene-
 » migo de mi corazon.

» Por las noches, cuando venia el
 » cierzo á bambolear mi humilde choza;
 » cuando un torrente de agua caía sobre
 » mi techo, y cuando por entre mi ven-
 » tana veía á la luna surcar las nubes
 » amontonadas, como un pálido navío
 » que hiende las olas, me parecia que
 » se redoblaba la vida en el interior de

mi corazon, y que hubiera podido
 » crear mundos enteros. ¡ Ah! ¡ si me
 » hubiera sido posible dividir con otro
 » los transportes que experimentaba!
 » ¡ O Dios! ¡ si me hubieras dado una
 » muger de mi gusto, ó si me hubieses
 » traído por la mano una Eva sacada
 » de mí mismo como á nuestro primer
 » padre!... me hubiera postrado de-
 » lante de tí, belleza celestial: sí, me
 » hubiera postrado delante de tí, pues
 » tomandote despues en mis brazos hu-
 » biera pedido al Eterno que te conce-
 » diese los restos de mi vida.

» ¡ Ay de mí! yo estaba solo sobre
 » la tierra. Se apoderaba de mi cuerpo
 » una secreta languidez, y se renovaba
 » con mas fuerza aquel disgusto de la
 » vida, que habia sentido desde mi mas
 » tierna juventud. Ya no suministraba
 » mi corazon ideas algunas á mi pensa-
 » miento, y solo percibia mi existencia

por el profundo sentimiento de descontento y enfado.

» Luché contra mi mismo mal por algún tiempo, pero con indiferencia, y sin tener la firme resolución de vencerle. No pudiendo por último hallar remedio á aquella estraña herida de mi corazon, que en ninguna parte existia y existia en todo, determiné quitarme la vida.

» ¡ Sacerdote del Altísimo, que estás oyendo, perdona á un desgraciado, á quien el cielo habia privado casi de razon! Yo estaba lleno de religion, y racionaba como un impío; mi corazon amaba mejor que este á Dios, y mi entendimiento le desconocia; mi conducta, mis discursos, mis sentimientos y mi modo de pensar eran solo contradiccion, tinieblas y mentiras. ¡ Ah! el hombre sabe siempre bien lo que quiere; ¿ pero

está siempre seguro de lo que piensa?

» Todo me faltaba á un tiempo, la amistad, el mundo y el retiro. Todo lo habia probado, y todo me habia sido ingrato. Desechado por la sociedad, y abandonado de Amelia, ¿ que me quedaba ya cuando despues me vino á faltar tambien la soledad? Esta era la última tabla en que habia esperado salvarme, y conocia se iba á sumergir en el abismo.

» Aunque tan determinado á desembarazarme del peso de la vida, resolví emplear toda mi razon en este acto insensato. Nada me apresuraba; no determiné de fijo el momento de la partida, con el fin de saborearme largos ratos con los últimos momentos de la existencia, y recoger todas mis fuerzas á ejemplo de un antiguo para conocer la ausencia de mi alma.

» Me era necesario tomar disposi-

eiones por lo tocante á mi fortuna, y me ví obligado á escribir á Amelia. Se me escapáron algunas quejas de su olvido, y dejé sin duda vislumbrar la conmocion que superaba poco á poco á mi corazon. Creía no obstante haber disimulado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en los entresijos de mi alma, lo adivinó fácilmente: se consternó con el violento tono que reinaba en mi carta, y con mis preguntas sobre negocios de que jamas habia hecho caso. En vez de responderme, me vino á sorprender repentinamente en mi soledad.

» Para que podais penetrar bien, o ancianos, cual pudo ser en adelante la amargura de mi dolor, y cuales fuéron mis primeros arrebatos volviendo á ver á Amelia, debeis figuraros que esta era la única persona que yo habia amado en el mundo, y

que todos mis sentimientos se venian á refundir en ella con la dulzura de los recuerdos de mi infancia. Recibí, pues, á Amelia con un éstasis de mi corazon. ¡ Tan largo tiempo habia que no hallaba alguno que me comprendiese, y delante de quien pudiese desahogar mi alma!

» Arrojandose Amelia á mis brazos, me dijo bañada en lágrimas: « ¡ Ingrato!
 » ¿ quieres morir, viviendo tu hermana?
 » na? ¿ sospechas de su corazon? No
 » te espiques, no te escuses; todo lo
 » sé, todo lo he comprendido como
 » si hubiera estado contigo. ¿ Pretendes
 » engañarme á mí? ¿ á mi, que he visto
 » nacer los primeros sentimientos de
 » tu vida? ¡ Reflexiona tu desgraciado
 » carácter, tus disgustos y tus injusticias!
 » ¡ jura en tanto que te estrecho
 » sobre mi corazon, jura que esta es
 » la última vez que te entregas á tus

» locuras! ¡ haz el juramento de no ir
» jamas contra tu vida! »

» Al pronunciar estas palabras, me miraba Amelia con compasion y ternura, dandome de cuando en cuando dulcísimos y tiernos ósculos : era no una madre, sino aun mas tierna todavía. ¡ Ah! mi corazon volvió á prestarse á todas las alegrías : semejante á un niño, no queria mas que ser consolado : cedí al imperio de Amelia; exigió un juramento solemne, y le hice sin titubear, y sin que llegase aun á sospechar que pudiese nunca ser desgraciado.

» Estuvimos mas de un mes disfrutando el hechizo de nuestra compañía. Cuando creyendo hallarme solo, oía por la mañana la voz de mi hermana, experimentaba en mí un dulce estremecimiento de alegría y de felicidad. Habia recibido Amelia de la natura-

leza cierta cosa divina en todo; su alma tenia las mismas inocentes gracias que su cuerpo; era infinita la dulzura de sus sentimientos; no habia en su espíritu cosa alguna que no fuese suave, y un poco pensativa : se podia decir que conspiraban á esto como de acuerdo su corazon, su pensamiento y su voz : tenia la timidez y amor propios de la muger, y la pureza y melodía de un ángel.

» Pero llegaba ya el punto en que iba yo á espiar las inconsecuencias de mi vida. Habia persistido en mi delirio hasta desear experimentar una desgracia para tener á lo menos un objeto real de sufrimiento. ¡ Espantoso deseo, cuyas voces no deja nunca Dios de oír en medio de su cólera!

» Mas ¿ que voy yo á revelaros, sabios amigos míos? ved las lágrimas que corren de mis ojos, pues yo mismo....

Algunos días hace que nada hubiera bastado para arrancarme este secreto; pero al presente se acabó ya todo.

» No obstante, augustos ancianos, sea para siempre sepultada en el silencio esta historia. Acordaos de que solo la he contado bajo el árbol del desierto.

» Se acababa el invierno, cuando percibí que Amelia perdía progresivamente el reposo y la salud que ella empezaba á darme. Iba enflaqueciendo, se la hundían los ojos, su andar era muy decaído, y muy turbada su habla. La cogí un día de repente bañada en lágrimas al pié de un crucifijo. La noche, el día, el mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, todo la consternaba. Venían á espirar sobre sus labios suspiros involuntarios; unas veces daba una larga carrera sin cansarse; otras apenas se podía

sostener; tomaba y dejaba su labor; abría un libro sin poder leerle; comenzaba un período, y no le acababa; se anegaba repentinamente en lágrimas, y se retiraba para orar.

» En vano procuraba yo descubrir su secreto. Cuando la preguntaba estrechandola entre mis brazos, me respondía sonriéndose, que estaba como yo, y que no sabía lo que tenía.

» Tres meses se pasaron de esta manera, y cada día se empeoraba mas. El origen de sus lágrimas era á mi parecer una correspondencia misteriosa, pues según las cartas que recibía, aparecía mas tranquila ó mas conmovida. Por último, una mañana habiéndose ya pasado la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su habitacion: llamé, y no se me respondió: entreabrí la puerta, y no había nadie en el aposento.

» Divisé sobre la chimenea un pliego
 con sobrescrito para mí. Le cogí tem-
 blando, le abrí, y lei esta carta que
 he conservado para privarme en lo su-
 cesivo de todo motivo de alegría.

A RENÉ.

« El cielo me es testigo, mi querido
 » René, de que daría mil veces mi vida
 » por librarte de un solo momento de
 » afliccion; pero por mi desgracia no
 » puedo hacer nada en tu favor. Me
 » perdonarás el haberme ausentado de
 » tu casa sin que lo supieses, como
 » una delincuente: no hubiera podido
 » dejar de asentir á tus súplicas, y me
 » era por otra parte forzoso el partir.
 » ¡Oh Dios, tened compasion de mí!
 » Bien sabes, hermano mio, que
 » siempre tuve inclinacion á la vida
 » religiosa; ya es tiempo de que me
 » aproveche de las advertencias del

» cielo. ¿Porque he aguardado á tan
 » tarde? Dios me castiga. Por tí habia
 » yo permanecido en el mundo.....
 » Perdoname: el pesar de dejarte toda
 » me tiene turbada.

» Ahora es, querido hermano mio,
 » cuando conozco á fondo la necesidad
 » de aquellos asilos, contra los cuales
 » te he oido declamar muchas veces.
 » Creeme, hay desgracias que nos
 » separan para siempre de los hom-
 » bres. ¿Que será de los pobres des-
 » graciados?..... Yo estoy persuadida
 » á que tú mismo, hermano mio, tú
 » mismo hallarias el reposo en estos
 » retiros de la religion. La tierra no
 » ofrece cosa que sea digna de tí.

» No te acordaré yo tu juramento;
 » conozco la fidelidad de tu palabra:
 » la has jurado, y vivirás por mí. ¡Ah!
 » ¿que cosa hay mas miserable que
 » el pensar continuamente en dejar la

» vida? Para un hombre de tu carácter
 » no hay cosa mas cómoda que el morir: creeme, es mas penoso el vivir.

» Pero, hermano mio, sal cuanto
 » ántes de la soledad, que no te es
 » buena; busca alguna ocupacion. Sé
 » que te ries amargamente de la necesidad que hay, según creen en Francia,
 » de *tomar un estado*: no menosprecies tanto la esperiencia y sabiduría
 » de nuestros padres. Mejor es, mi
 » querido René, parecernos un poco
 » mas al comun de los hombres, y
 » tener un poco menos de desgracia.

» Tal vez hallarias en el matrimonio
 » un remedio á tus enfados. Una muger
 » y unos hijos divertirían tus días. ¿Y
 » que muger no procuraria hacerte
 » feliz? La fogosidad de tu alma y la
 » belleza de tu ingenio, tu aire noble
 » y apasionado, ese mirar tan altivo y
 » tierno, todo te aseguraria de su fide-

» lidad y de su amor. ¡Ah! ; con que
 » delicias no te estrecharia ella en sus
 » brazos y sobre su corazon! ; como
 » echaria sobre tí todas sus ojeadas y
 » pensamientos para prevenir tus me-
 » nores deseos, y aliviar tus mayores
 » penas! Seria á tu vista toda amor y
 » toda inocencia : te pareceria que
 » habias hallado otra hermana.

» Yo marchó al convento de.... Este
 » monasterio construido á orillas del
 » mar conviene á la situacion de mi
 » alma. Oiré por la noche desde lo
 » interior de mi celdilla el murmullo
 » de las olas que bañan los muros del
 » edificio; me acordaré de aquellos
 » paseos que daba contigo por medio
 » de los bosques, cuando creíamos oír
 » el ruido de los mares en la agitada
 » copa de los pinos. Amable compañerq de mi infancia, ¿ es esto lo mismo que el no volverte á ver? Apénas

» tenia mas edad que tú , cuando te
 » mecia en la cuna ; muchas veces
 » hemos dormido juntos. ¡ Ah ! ¡ si un
 » mismo sepulcro nos reunirá algun
 » dia ! Pero no ; yo debo dormir sola
 » bajo los helados mármoles de aquel
 » santuario donde descansas para siem-
 » pre las hijas que nunca han amado.
 » No sé si podrás leer estas líneas
 » borradas con mis lágrimas. Además
 » de que , amigo mio , ¿ no era preciso
 » separarnos un poco ántes ó un poco
 » despues ? Mas ¿ que necesidad tengo
 » yo de hablarte de la incertidumbre
 » y poco valor de la vida ? Trae á
 » tu memoria al jóven del T..... que
 » pereció en la isla de Francia. Cuando
 » recibiste su última carta , algunos
 » meses despues de su muerte , ni aun
 » existian ya los despojos de su cuerpo ;
 » y el instante que daba principio á tu
 » duelo en Europa , era el en que le

» concluían sus amigos en Indias. ¿ Que
 » es , pues , el hombre , si su memoria
 » se borra tan pronto que no pueden
 » saber su muerte algunos de sus ami-
 » gos , sino cuando estan ya consola-
 » dos los otros ? ¡ Que ! querido y mi
 » muy querido René , ¿ se borraria tan
 » prontamente de tu corazon mi me-
 » moria ?..... ¡ Oh , hermano mio ! si
 » yo me ausento de tí ahora , es para
 » no separarme de tí en la eternidad.
 » — AMELIA. — P. D. Aquí añado
 » la donacion de mis bienes ; espero
 » no desecharás esta señal de mi
 » amistad. »

» Un rayo que hubiese caido á mis
 piés no me hubiera causado mas alte-
 racion que esta carta. ¿ Que secreto me
 ocultaba Amelia ! ¿ quien la obligaba
 á abrazar tan repentinamente la vida
 religiosa ? ¿ me habia ligado de nuevo
 á la existencia por medio del encanto

de la amistad, para abandonarme de repente? ¡ Ah! ¿ porque vino á apartarme de mi designio? Un frio movimiento de compasion la habia vuelto á llamar ácia mí; pero cansada bien presto de una triste obligacion, se apresura á dejar á un desgraciado, que á nadie mas que á ella tenia sobre la tierra. Se cree hacerlo posible cuando se impide á un hombre la muerte..... Tales eran mis quejas. Dando despues una vuelta sobre mí mismo, decia: ¡ Ingrata Amelia! ¡ si tú hubieras estado en mi lugar; si, como yo, hubieras estado agoviada con el vacío de tus dias, no, no te hubiera abandonado tu hermano!

» Sin embargo, cada vez que volvía á leer la carta, hallaba un no sé que tan triste y tan tierno, que derretía todo mi corazon. Repentinamente me sobrevino una idea que me dió alguna

esperanza. Imagíneme que Amelia se habria apasionado tal vez por algun hombre de condicion inferior, y que no se atrevia á confesarlo, á causa de la vanidad de nuestra familia. Parecia que me indicaba esta sospecha su melancolía, su misteriosa correspondencia, y el aire de pasion que respiraba su carta. La escribí inmediatamente para darla las quejas mas tiernas, y suplicarla que me declarase su corazon, y que no sacrificase la felicidad de su vida á parientes que casi le eran estraños.

» No tardó en responderme diciendo, que estaba ya determinada, que habia obtenido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos inmediatamente. Concluía añadiendo: « Yo he despreciado demasiado á nuestra familia: á tí es á quien únicamente he amado: amigo mio, Dios

» no aprueba esas preferencias, y hoy
» me castiga.»

» Esta carta me inspiró un movimiento rabioso : la obstinacion de Amelia, el misterio de sus palabras, y la poca confianza en mi amistad, me conmovieron en gran manera.

» Despues de haber titubeado un poco acerca de la determinacion que debia tomar, me resolví ir á B.... con el designio de retardar á lo menos el sacrificio, si no podia impedir su cumplimiento.

» Se hallaba á un lado de mi camino la tierra en que me habia criado. Cuando divisé desde él aquellos bosques donde habia disfrutado los únicos momentos dichosos de mi vida, no pude contener mis lágrimas, y me fué imposible resistir á la tentacion de darla la última despedida. Me desvié, pues, un instante para cumplir aquella sagrada peregrinacion.

» Mi hermano mayor habia vendido la herencia paternal, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga calle de abetos : atravesé á pié los patios desamparados : me detuve silencioso á mirar las cerradas y medio rotas ventanas, el cardo que crecia al pié de los muros, las hojas que estaban derramadas en el umbral de las puertas, y aquella solitaria galeria en que habia visto tantas veces á mi padre y á sus fieles criados. Los escalones estaban ya cubiertos de musgo, el amarillo alelí crecia entre sus desnudas y movedizas piedras. Un guarda desconocido me abrió desapaciblemente la puerta. Como no me determinaba á pasar del umbral, me dijo : « ¡ Bien ! á vos os va á suceder » lo que á aquella estrangera que vino » aqui hace algunos dias, que al ir á » entrar se quedó pálida y trémula, y

» fué preciso llevarla á su carruage. »
 Me fué fácil reconocer á la *extranera*, que habia venido así como yo á buscar en aquellos lugares lágrimas y recuerdos. Cubriendo mis ojos con mi pañuelo, entré en la habitacion de mis antepasados. Recorri las sonoras habitaciones, donde solo oía el ruido de mis pasos, y que no estaban alumbradas mas que con la débil luz que pasaba por entre los postigos cerrados. Estuve en la alcoba donde perdió mi madre la vida cuando me echó al mundo; aquella donde se retiraba mi padre; donde habia yo dormido en mi cuna; y la pieza en que habia recibido la amistad mis primeros votos en el seno de una hermana..... Todas las salas estaban descolgadas, y la araña hilaba sus telas en las abandonadas tarimas. Salí precipitadamente de aquellos lugares, y me alejé á lar-

gos pasos, sin atreverme á volver la cabeza. ; Que dulces, pero que rápidos son los momentos que los hermanos y hermanas pasan en sus tiernos años, reunidos bajo las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre dura un solo día; el soplo de Dios la dispersa como el humo; apénas conoce el hijo al padre, el padre al hijo, el hermano á la hermana, la hermana al hermano. La encina vé brotar al rededor sus agallas, pero no así á sus hijos los hijos de los hombres.

» Llegando á B.... me dirigí al convento, y solicité hablar con mi hermana. Me respondiéron que no recibia á persona alguna. La escribí, y me respondió que no la era licito dar un solo pensamiento al mundo, en el punto mismo en que se iba á consagrar á Dios; que si la amaba, procurase no afligirla con mi dolor. Añadia : « Sin

» embargó si quieres comparecer ante
 » el altar el dia de mi profesion, di-
 » gnate servirme allí de padre; este
 » es el único papel correspondiente á
 » tu valor, y el mas adecuado á nues-
 » tra amistad, y á mi paz misma. »

» Aquella fria firmeza que oponia á todo el fuego de mi amistad, me indujo á violentos arrebatos. Unas veces iba ya á volver pié atras; otras me determinaba á permanecer tan solo por turbar la pompa. El infierno llegaba hasta sugerirme el pensamiento de darme de puñaladas en la iglesia, y mezclar mis últimos suspiros con los votos que me iban á arrebatarse á mi hermana. La superiora del convento hizo que me avisasen que se habia preparado un banco en el santuario, y me convidaba á asistir á la ceremonia, que habia de empezarse desde el dia siguiente.

» Al rayar el alba, oí la primera señal de las campanas, que anunciaba el sacrificio. A cosa de las diez me fui al monasterio muy despacio, y como con una especie de agonía..... Ninguna cosa puede ser mas trágica que la asistencia á semejantes espectáculos, ni ninguna mas dolorosa que sobrevivir á ellos.

» Llenaba la iglesia un pueblo inmenso: me condujeron al banco del santuario, en el que me dejé caer sin saber casi donde estaba, ni á que resolverme. Ya esperaba el sacerdote en el altar: abrese de repente la misteriosa reja, y se adelanta Amelia adornada con todas las pompas del mundo. Estaba tan hermosa, y tenia sobre su rostro un no sé que tan divino, que escitó un movimiento de admiracion y de sorpresa. Aterrado por el glorioso dolor de la virtuosa,

y abatido por las grandezas de la religion, se desvanecieron todos mis violentos proyectos; me abandonó mi fuerza; me sentí cogido por una mano toda poderosa, y solo hallé en mi corazon profundas adoraciones, y los gemidos de la humildad en vez de las blasfemias y amenazas.

» Se colocó Amelia bajo un dosel que habian dispuesto para ella. Comenzó el sacrificio al resplandor de cien luces, y en medio de flores y perfumes para hacer mas agradable el holocausto. Al ofertorio se quitó el sacerdote sus ornamentos, se quedó solo con sobrepelliz, subió al púlpito, y pintó en un sencillo y patético discurso la felicidad de la vida religiosa, las tribulaciones del mundo, y la paz de la virgen que se consagraba al Señor. Cuando pronnció aquellas palabras : *Ella ha parecido como el in-*

cienso que se consume en el fuego, parecia que se estendia por el auditorio una grande calma, que se percibian olores celestiales, que se hallaba uno al abrigo y bajo las alas de la paloma mística, y que estaba viendo bajar ángeles sobre el altar, y subir ácia los cielos con perfumes y coronas.

» Acaba el sacerdote su discurso, vuelve á tomar sus vestiduras, y continúa el sacrificio. Sostenida Amelia de dos jóvenes religiosas, se pone de rodillas en la última grada del altar. Vienenme á buscar entónces para cumplir las funciones paternales. Al ruido de mis vacilantes pasos en el santuario estuvo Amelia casi para desfallecer. Me ponen al lado del sacerdote para alargarle las tijeras. Sentí renacer mi arrebató en este instante; iba á centellear mi furor, cuando reu-

niendo Amelia su valor, me echó una mirada tan llena de zaherimiento y dolor, que me quedé aterrado. ¡La religion triunfa! se aprovecha mi hermana de mi turbacion, y alarga valerosamente la cabeza: por todas partes se sujeta al hierro sagrado su hermosa y soberbia trenza; sustituye á los adornos del siglo una vestidura larga de estameña, que la hacia no menos hechicera; ocultanse bajo una toca de lino los enfados de su frente, y cubre su despojada cabeza con el misterioso velo, doble simbolo de la virginidad y de la religion. Jamas habia parecido tan hermosa: el ojo de la penitencia estaba fijo sobre el polvo del mundo, y su alma estaba en el cielo.

» No obstante, aun no habia pronunciado Amelia sus votos, y para morir al mundo era preciso que pasase como por medio del sepulcro. Se

tiende sobre el mármol; estienden sobre ella un paño de tumba, y señalan las cuatro esquinas cuatro hachas fúnebres. Empieza el sacerdote, con la estola al cuello y el libro en la mano, el oficio de difuntos, que prosiguen vírgenes jóvenes. ¡Oh alegrías de la religion, que grandes y que terribles sois! Me habian hecho poner de rodillas junto á aquel fúnebre aparato: sale repentinamente un confuso murmullo por debajo del velò sepulcral: me inclino, y llegan á mis oidos estas espantosas palabras (que nadie sino yo pudo oír): « ¡Dios de las misericordias, haz que yo jamas me levante de este lecho fúnebre, y colma de bienes á un hermano que no ha tenido parte en mi pasion! »

» A estas palabras que salieron de lo profundo del féretro, me iluminaba la verdad; estraviase mi razon;

me dejó caer sobre el paño de la muerte; cojo á mi hermana en mis brazos, y grito: « ¡Casta esposa de
» Jesucristo, recibe mis últimos abra-
» zos entre los hielos de la muerte y
» las profundidades de la eternidad,
» que te separen ya de tu hermano! »

» Este movimiento, este grito, y estas lágrimas turban la ceremonia; se interrumpe el sacerdote; aterradas las religiosas cierran la reja; la multitud se conmueve; se dirige apresuradamente ácia el altar, y me llevan sin conocimiento. ¡Ah! ¡que poco debo á los que me restituyéron á la vida! Luego que volví en mí, supe que se habia consumado el sacrificio, y que se habia apoderado de mi hermana una fiebre ardiente. Ella hacia que me rogasen que jamas intentase volverla á ver... ¡Oh miseria de mi vida! una hermana temia hablar á un hermano, y un her-

mano tenia miedo de hacer oír su voz á una hermana. Salí de aquel monasterio como de un lugar de espacion, donde las llamas nos disponen para la vida celestial, y donde así como en el infierno temporal de los justos se vive solo por la esperanza.

» Una desgracia personal se sobre-
lleva, sea la que quiera; pero una desgracia de la que somos causa involuntaria, y que hiere á una víctima inocente, es la mayor de todas las calamidades. Guiado por los males de mi hermana, se me representaba todo lo que ella habria sufrido á mi lado, siendo una víctima tanto mas desgraciada, en cuanto la pureza de mi ternura debia serla odiosa y amable á un mismo tiempo, y que atraída á mis brazos por un sentimiento era rechazada por otro.

» ¡Que combates en su interior!

¡ que esfuerzos no habia hecho ella ! Unas veces se queria alejar de mí , y no tenia fuerzas ; otras temia mi vida , y temblaba por ella y por mí . Yo me vituperaba mis mas inocentes caricias , y me horrorizaba . Volviendo á leer la carta de la desgraciada (¡ que misterios contenia !) , percibí que sus húmedos labios habian estampado en ella mas huellas que las de sus lágrimas . Entónces se desenvolvieron para mí muchas cosas que no habia podido comprender ; aquella mezcla de alegría y tristeza que Amelia manifestó al tiempo de partir á mis viages ; el cuidado que tuvo de huir de mí cuando volví , y aquella flaqueza que por tanto tiempo la impidió entrar en un monasterio , sin duda la habian lisonjeado con la esperanza del remedio . Sus proyectos de retirarse del mundo , y la disposicion de sus bienes en mi favor habia

sido igualmente causa de aquella correspondencia secreta , que sirvió para mi engaño .

» ¡ Oh mis antiguos amigos ! ¡ entónces fué cuando supe lo que era derramar lágrimas por un mal que no era imaginario ! Se abalanzaron con furor sobre esta primera presa mis pasiones indeterminadas por tan largo tiempo . Aun hallé una especie de satisfaccion inesperada en la plenitud de mi pesar , y percibí con un secreto movimiento de alegría , que el dolor no es una afeccion que se agota como el placer .

» Yo habia querido dejar al mundo ántes que el Todopoderoso lo dispusiese , y este era un grande delito . Dios me habia enviado á Amelia para librarme , y castigarme á un mismo tiempo . De este modo arrastran tras sí los desórdenes y las desgracias todo

pensamiento culpable, y toda accion criminal. Amelia me pedia que viesese, y yo no debia agravar sus males: por otra parte (¡ cosa estraña !) no habia vuelto á desear la muerte desde que era desgraciado. Mi pesar habia llegado á ser una ocupacion que llenaba todos mis momentos. ¡ Tan mezclado está mi corazon con la melancolia y la miseria !

» Tomé , pues , súbitamente otra resolucion ; me determiné á dejar la Europa , y pasar á la América.

» A este mismo tiempo se estaba equipando en el puerto de N..... una flota para la Luisiana; me compuse con uno de los capitanes de los navíos, hice sabedora de mi proyecto á Amelia, y traté de mi viage.

» Mi hermana habia estado á las puertas de la muerte ; pero Dios que la tenia preparada la primera palma

de las vírgenes, no quiso llamarla á si tan pronto ; su prueba en este mundo fué diferida por mas tiempo : habiendo entrado por segunda vez en la penosa carrera de la vida, se entregó valerosamente como una heroina, encorvada con su cruz, al rigor de los dolores, no viendo en el combate mas que el triunfo, y el exceso de la gloria en el exceso de los sufrimientos.

» La venta de los pocos bienes que me quedaban, y cedi á mi hermano, los muchos preparativos de un convoy, y los vientos contrarios me detuvieron mucho tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme del estado de Amelia, y siempre sacaba nuevos motivos de admiracion y de llanto.

» Vagüecaba sin cesar al rededor del monasterio construido á orillas del mar. Percibia muchas veces en una pequeña ventana enrejada, que daba á una playa

desierta, una religiosa sentada en una actitud pensativa, que registraba la superficie del Océano, donde aparecía algún navío que surcaba junto á las estremidades de la tierra. Muchas veces la volví á ver al enrejado de la misma ventana con la claridad de la luna, y observé estaba contemplando la mar iluminada por el astro nocturno, y parecía que aplicaba el oído al ruido de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias orillas.

» Creía aun oirlas cuando en medio de la noche llamaba á las religiosas la campana para que velasen y orasen. Mientras tañía con lentitud, y se congregaban las vírgenes silenciosamente en el coro, corría yo ácia el monasterio: estando allí solo al pié de las murallas, y en medio de las tinieblas de la noche, escuchaba con un santo éstasis los últimos acentos de los cán-

nicos, que se mezclaban bajo las bóvedas del templo con los endebles ruidos de las lejanas olas.

» Yo no sé como todas estas cosas en vez de aumentar mis penas me estimulaban de cada dia mas. Mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre los peñascos y en medio de los vientos. Mi mismo pesar, extraordinario por su naturaleza, traía consigo algún remedio. Nos regocijamos de cuanto no es comun á los demas, aun cuando sea una desgracia. Llegué casi á concebir alguna esperanza de que mi hermana seria menos miserable con el tiempo.

» Parecía que me confirmaba estas ideas una carta que recibí de ella por entónces. Amelia se quejaba tiernamente de mi dolor, y me aseguraba que el tiempo disminuirla el suyo. « Yo no desespero, decía, de mi feli-

» ciudad: el exceso mismo del sacrificio,
 » ahora que está ya consumado, sirve
 » para volverme alguna paz. La sen-
 » cillez de mis compañeras, la pureza
 » de sus votos, el arreglo de nuestra
 » vida, y todo cuanto hay esparce
 » bálsamo sobre mis días. Cuando oigo
 » bramar las tempestades, y que aletea
 » sobre mi ventana el pájaro de mar,
 » yo, pobre paloma del cielo, re-
 » flexiono la felicidad que he tenido
 » en hallar un abrigo contra la tem-
 » pestad. Aquí se respira cierta cosa
 » divina, y un aire tranquilo que no
 » interrumpe el soplo de las pasiones;
 » esta es la montaña santa, y la cum-
 » bre elevada desde donde se oyen
 » los últimos ruidos de la tierra, y
 » los primeros conciertos del cielo;
 » aquí entretiene dulcemente la reli-
 » gión á una alma sensible; sustituye
 » en vez de los amores mas violentos

» una especie de castidad ardiente,
 » por la cual se reúnen la amante y la
 » vírgen. Agota los sollozos, enciende
 » una llama incorruptible donde arde
 » una hoguera mortal; mezcla divi-
 » namente su paz y su inocencia con
 » los restos de la confusión y del de-
 » leite de un corazón que busca su
 » reposo, y de una vida que se huye.»
 » No sé lo que el cielo me tiene
 » preparado, ó si en esta ocasión me
 » quiso dar á entender que las borras-
 » cas acompañarán todos mis pasos. Ya
 » estaba dada la orden para hacerse la
 » flota á la vela; muchos navíos se ha-
 » bían dispuesto ya al ponerse el sol, y
 » yo me había preparado para pasar la
 » última noche en tierra, á fin de es-
 » cribir mi carta de despedida á Ame-
 » lia. Cerca de la media noche, cuando
 » yo me empleaba en este triste cuidado,
 » y mientras que humedecía el papel con

mis lágrimas, llegó de repente á mis oídos el ruido de los vientos. Escucho, y en medio de la tempestad distinguo los tiros del cañon de alarma, mezclados con los tañidos de la campana monástica. Vuelo á la ribera que estaba desamparada, sin oirse en ella mas que el bramido de las olas, y me senté allí sobre un peñasco. Por un lado se estendian las brillantes olas, por otro parecia que subian en masa hasta los cielos los sombríos muros del monasterio: aparecia una pequeña luz en la ventana enrejada, y veo que eras tú, Amelia mia, que postrada á los piés de un crucifijo pedias al Dios de las tempestades librase de ellas á tu desgraciado hermano..... ¡ Ah, que amargo contraste agitaba mi inconsolable corazon! La borrasca sobre las olas; la paz en su retiro; hombres estrellados sobre los escollos al pié del

asilo que nada puede turbar; lo infinito al otro lado del muro de una celda, así como solo se halla la piedra del sepulcro entre la eternidad y la vida; los agitados faroles de los navíos; el farol inmóvil del convento, humilde, pero cierto, dirigiendo sin peligros á la religiosa á una tierra celestial; la incertidumbre de los destinos del navegante; la vestal poseyendo bajo un mismo techado su lecho y su sepulcro, y conociendo en un solo dia todos los dias futuros de la vida; por otra parte una alma como la tuya, o Amelia, dilatada y tempestuosa como el Océano, un naufragio mas horrible que el del marinero..... Toda esta pintura está grabada profundamente en mi memoria..... Sol de este nuevo cielo, testigo al presente de mis lágrimas; ecos de las riberas americanas, que repetis los

acentos de René; ¡ con cuan acerbo dolor ví yo á la mañana siguiente de aquella terrible noche, recostado sobre el castillo de proa de mi navío, alejarseme para siempre mi tierra natal, y contemplé sobre la costa los últimos bamboleos de los árboles patrios, y las fábricas del monasterio que se bajaban ácia el horizonte! »

Luego que René acabó de contar su historia, sacó un papel del pecho, y se le alargó al padre Souel. Arrojanse despues á los brazos de Chaetas, y ahogando sus sollozos, dió al misionero el tiempo suficiente para leerle.

Era una carta de la superiora de.... Contenia la relacion de los últimos momentos de la *hermana Amelia de la Misericordia*, víctima de su celo y de su caridad en la asistencia de sus compañeras acometidas de una enfer-

medad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraban allí á Amelia como á una santa: añadia la superiora, que despues de treinta años que hacia que gobernaba la casa, no habia visto religiosa de un genio tan dulce y tan igual, ni que mas se alegrase de dejar las tribulaciones de este mundo.

El anciano Chaetas apretaba á René entre sus brazos, y lloraba. « Querido » mio, dijo á su hijo, quisiera que » estuviese aquí el Padre Aubry; no » sé que paz sacaba del fondo de su » corazón, pues parecia que al paso » que calmaba las borrascas como que » las desconocia: era la luna en una » noche tempestuosa, á quien las nu- » bes errantes no pueden sobrepujar » en su carrera; pura é inalterable se » adelanta tranquila por encima de » ellas. ¡ Ah! por lo que á mi toca,

» todo me turba, y me arrastra. »

Hasta entónces habia estado oyendo la historia de René el padre Souel con un semblante austero, y sin proferir una sola palabra. Tenia en su interior un corazon compasivo, pero manifestaba esteriormente un carácter inflexible : la sensibilidad de Sachem le hizo romper por último su silencio : « Nada, dijo él al hermano de Amelia, » nada merece en esta historia la com- » pasion que aquí se os muestra. Yo » veo un jóven lleno de ilusiones, á » quien todo desagrada, y que se ha » apartado de las cargas de la sociedad » por entregarse á inútiles delirios. » Señor, un hombre no es superior » porque perciba el mundo bajo un » aspecto odioso : nosotros solo abor- » recemos á los hombres y á la vida » por no ver lo distante. Estended » un poco mas vuestras miradas, y os

» convenceréis bien pronto de que » todos esos males de que os quejais » son nada en sustancia. Pero ¡ que » oprobio el que no se pueda pensar » en la única desgracia real de vuestra » vida, sin que resalte la vergüenza ! » Toda la pureza, toda la virtud, toda » la religion, y todas las coronas de » una santa apénas hacen tolerable la » idea de vuestras melancolias. Vues- » tra hermana ha espiado su falta ; » pero, si he de decir mi sentir, temo » que por una espantosa justicia no se » ha apoderado de vuestra alma, á » vista de su muerte, un reconoci- » miento salido del seno de la tumba. » ¿ Que haceis solo en lo interior de » los bosques, donde consumis vues- » tros dias despreciando todas vuestras » obligaciones ? Me diréis que ha ha- » bido santos que se han sepultado en » los desiertos. Sí, señor, aquellos es-

» taban con sus lágrimas, y empleaban
 » en apagar sus pasiones el tiempo que
 » vos perdeis en dar pábulo á las vues-
 » tras. ¡ Jóven presuntuoso ! ¿ habeis
 » creído que el hombre puede bas-
 » tarse á sí mismo ? La soledad es mala
 » para el que no vive con Dios ; redo-
 » bla las fuerzas del alma al mismo
 » tiempo que le quita todo motivo de
 » ejercicio. Cualquiera que ha reci-
 » bido algunas fuerzas, las debe em-
 » plear en el servicio de sus seme-
 » jantes : si deja que sean inútiles,
 » inmediatamente es castigado por una
 » secreta miseria, y tarde ó temprano
 » le envia el cielo un castigo espan-
 » toso. »

Turbado todo con estas palabras,
 levantó René del seno de Chactas su
 humillada cabeza : el ciego Sachem
 comenzó á sonreirse, y aquella sonrisa
 de la boca, que no iba unida con la de

los ojos, tenia alguna cosa de miste-
 riosa y celestial. « Hijo mio, dijo el
 » antiguo amante de Atala, él nos ha-
 » bla severamente ; corrige al anciano
 » y al jóven, y tiene razon. Sí, es
 » menester que dejes ese estraño modo
 » de vivir, que no acarrea mas que in-
 » quietudes : la felicidad se encuentra
 » en los caminos trillados.

» Estando un día el Meschacebe
 » aun muy cerca de su origen, se cansó
 » de ser tan solo un cristalino arroyo.
 » Pidió nieves á las montañas, aguas á
 » los torrentes, lluvias á las tempes-
 » tades, y llegó á reunir un caudal in-
 » menso. Traspasa en breve sus ribe-
 » ras, y asola sus encantadoras orillas.
 » Jactóse luego el orgulloso arroyo de
 » su poder ; pero viendo que inmedia-
 » tamente quedaba todo desierto, que
 » corria abandonado en una grande
 » soledad, y que siempre estaban tur-

» bias sus aguas, lloró amargamente
 » no solo el primero y el humilde le-
 » cho que había formado la naturaleza,
 » sino la pureza de su primera cor-
 » riente, y los pájaros, flores, árboles,
 » y arroyuelos amables, compañeros
 » inseparables de sus aguas en tiempos
 » pasados y á los principios de su
 » vida. »

Dejó de hablar Chactas, y se oyó la voz del *flamante*, que retirado en las cañas del Meschacebe anunciaba una tempestad ácia el medio del día. Levantáronse los tres amigos para volverse á sus cabañas: René caminaba silencioso entre el misionero que oraba á Dios, y el ciego Sachem que buscaba su camino. Se dice que obligado por los dos ancianos volvió á habitar con su esposa, pero sin hallar con ella la felicidad que buscaba. Pereció poco tiempo despues con Chactas y el Padre

Souel, en la mortandad de los franceses y natches en la Luisiana: aun se manifiesta allí una peña donde, al ponerse el sol, iba á sentarse.

FIN DE RENÉ.



